

Soneto LXIII

No sólo por las tierras desiertas donde la piedra salina es como la única rosa, la flor por la mar enterrada, anduve, sino por la orilla de ríos que cortan la nieve. Las amargas alturas de las cordilleras conocen mis pasos. Enmarañada, silbante región de mi patria salvaje, lianas cuyo beso mortal se encadena en la selva, lamento mojado del ave que surge lanzando sus escalofríos, ¡oh región de perdidos dolores y llanto inclemente! No sólo son míos la piel venenosa del cobre o el salitre extendido como estatua yacente y nevada, sino la viña, el cerezo premiado por la primavera, son míos, y yo pertenezco como átomo negro a las áridas tierras y a la luz del otoño en las uvas, a esta patria metálica elevada por torres de nieve.